

Allí estaba ella. O lo que de ella quedaba. Lo que ya no estaba era lo último que había amado y querido. Huyendo del fuego había caído en las brasas.

Lo que también estaba era el rojo. Rojo del sol cruel que ya se ponía. Rojo de la arena arcillosa. Rojo de la sangre. La suya y la que cubría el cuerpo de su ahora no-hijo. Rojo también de esa misma sangre en los rostros, las manos y las ropas de esos desalmados que habían causado todo eso que también había: dolor. Dolor por todas partes.

Dolor en su cuerpo, el que deseaba no haber poseído mientras otros también lo poseían contra su voluntad.

Ese cuerpo, con sus malditos ojos, que le había mostrado los abominables actos de perversidad contra su pobre hijo con los que aquellos seres en los que el mal se había hecho carne se habían recreado.

Ese cuerpo que le había hecho oír las suplicas, los llantos, casi como aullidos, y los alaridos de dolor, de bestia herida, de Octavio. Llantos de agonía.

Ese cuerpo, con esa garganta, que también sabía a rojo, desgarrada de sollozar, gritar, insultar y suplicar que parasen.

Ese cuerpo, cubierto con esa piel que le había permitido sentir los arañazos, los cortes, los mordiscos y la violación.

No le dolía la esperanza, la había perdido toda. Se había ido con la última crueldad que perpetraron contra el Octavio vivo. Octavio, el que ya no era, la carne inerte, todavía debía ser objeto de múltiples atropellos y barbaridades. Profanación. División. Octavio ya no era uno, era varios. Había algo extraño en las execrables acciones de aquellos engendros. Algo muy poco salvaje. Algo muy humano. Un detallismo y concentración casi ritual. Incluso burocrático. Ni siquiera parecían disfrutar ni estar consumidos por una vorágine de frenesí.

Antes también hubo otros Octavio, pero no se llamaban así. También le dolió perderlos. Ninguno tanto. Se los habían llevado a veces el hambre, en ocasiones el frío. Otras las infecciones y enfermedades de los pantanos en que habían vivido.

Esta vez había sido la peor. Huyendo de esos males, habiendo hecho lo indecible para lograrlo, se había encontrado con el Mal en esa lejana tierra roja. Si lo mejor es enemigo de lo bueno algo similar estaba sucediendo con su contrapartida.

Tendida en el suelo, siendo puro dolor, vio como aquellos diablos se agitaban y comenzaban a temblar. Pensó si tenían miedo. ¿De qué podían tener miedo esos seres mezquinos?

Entonces sintió ruido e hizo el esfuerzo de incorporarse. Divisó contra la luz roja del sol a los jinetes. Al galope se acercaban a su posición. Una aterradora nube de polvo. Un funesto deseo ocupó su mente: quizás tendría la fortuna de que aquellos jinetes fuesen los artífices de su desgracia definitiva. Sólo había una cosa que deseaba más: que aquella tormenta roja enguliese también a las bestias. Suspiró y volvió a tenderse en el suelo, aguardando.

Cada vez estaban más cerca, pero su más profundo deseo no se satisfaría. Esos desalmados montaron en sus carros y caballos y comenzaron a alejarse.

Lágrimas de rabia. Azul salado sobre las mejillas mientras el rojo iba desapareciendo bajo un manto negro. Un repentino salvajismo nació en su espíritu y la vida volvió súbitamente a ella. Ya no quería morir. No quería irse si ese Mal no perecía con ella.

Ya sólo se veían dos rojos, de fuego, uno acercándose. El otro alejándose.

-¿Cómo pueden ser así de malnacidos?

-Tanto trozo para un único crío. ¿Cuántos años crees que tendría?

-Vosotras dos, ¡parad de hablar y haced un fuego! El resto montad las tiendas. Yo voy a mirar si la mujer tiene la mala suerte de seguir con vida. Me imagino que será la madre.

Aquel hombre desgarbado, que parecía ser el líder del grupo se acercó a ella con paso lento. Al llegar junto a la mujer se puso en cuclillas y la zarandéo suavemente con la mano izquierda.

-Mátame si quieres, pero a esos demonios también- dijo la mujer con los ojos llenos de furia.

-Solamente queremos matarlos a ellos. Llevamos siguiendo a esa tropa de martirizantes desde hace cuatro días. Atacaron un poblado de los hermanos esclavos.

-¿Martirizantes?

-Así que no los conoces... no eres de por aquí, ¿verdad?

-Vengo del este, de las marismas.

-¿Delfín?

-He abandonado mi charca por culpa de ellos. Soy una rana.

-Una rana muy aventurera. Estás lejos de casa.

-Yo ya no tengo casa.

-Te buscaremos una.

-No quiero una casa. Sólo quiero hacer daño a esos desgraciados. ¡Carne por carne!- escupió al suelo.- ¿Cómo has dicho que se llaman?

-Martirizantes. - Respondió.- ¿Puedes andar?

-Sí, si no tienes mucha prisa.

Se levantó poco a poco y miró a los ojos negros del hombre.

-Apoyate en mí y ven.

Caminaron, sin mediar palabra, hasta el centro del improvisado campamento. Allí se habían reunido todos los jinetes, eran una quincena.

-Siéntate junto al fuego.-Dijo mientras con la mano izquierda señalaba un tocón junto a la hoguera. Cuando ella se sentó, el hombre de negros ojos hizo lo mismo en otro tronco junto a ella.- Hablaremos mientras esperamos que la cena se haga.

-No quiero esperar, quiero salir a cazarlos.- No apartaba los ojos del caliente rojo, mirando como la madera crepitaba. El sonido le recordaba a los recientes crujidos de los huesos de Octavio. Miraba fijamente como las llamas danzaban y se retorcían. Retorcidas como las almas de esos chacales- ¿No es eso lo que decís que hacéis?

-Entre otras cosas ese es nuestro oficio, igual que el de ellos es hacer perrerías, ese dicen que es su deber sagrado. Olvídate de salir ahora. Hoy ya no podremos alcanzarlos. Los caballos deben descansar bien esta noche para poder alcanzarlos mañana. Aunque no lo creas les estamos recortando distancia, así que procediendo como lo estamos haciendo no vamos tan mal.-Hizo una pausa y suspiró.- Además, hay otra cosa. No vas a venir con nosotros. Mañana te indicaremos el camino para llegar a un poblado cercano. Te daremos el agua y la comida que necesites para llegar, allí podrás recuperarte y encontrar algo con lo que ganarte la vida. Una rana como tú debe tener habilidades que escaseen en este maldito desierto.

-Si no puedo ir con vosotros os seguiré. Corriendo o caminando. Aunque mis huesos tengan que acabar hechos harina y yo termine mi vida tendida sobre en este asqueroso polvo.

-La rabia no es un buen motor para la vida. No es tan sencillo viajar con nosotros.

-No sé montar a caballo, pero puedo ir con alguien. Os dedicáis a matar a esos demonios, alguien que los odie como yo os vendría bien. ¿Qué más necesitáis?

-No es eso. El caballo no es el problema. A montar se aprende. No creo que estés dispuesta a ofrecernos lo que es necesario. Para venir con nosotros debes hacer un importante sacrificio.

-¡No me queda nada por sacrificar! ¿Qué es lo que quieres?

-Compañeros, ¡Mostremos lo que ya no tenemos para que vea lo que hemos dado!

A su grito los quince jinetes y el líder alzaron uno de sus brazos, algunos el izquierdo, otros el derecho. En el extremo del brazo siempre faltaba lo mismo: una mano. Siempre había lo mismo: un muñón.

-¿Lo entiendes ahora?

La mujer, sin dudar un instante, alargó una mano a la hoguera y cogió un palo de madera que ardía a medias. Apagó la roja llama en la arena, ahora negra, y se llevó el extremo candente a la oreja derecha.

Carne silbante, boca silenciosa. Ojos de pura determinación.

-¿Te vale esto, gilipollas?

-Tendrá que servir. Descansa. Mañana montarás con ella.- Señaló a una mujer con el cabello rapado, alta y corpulenta que estaba acariciando el lomo de un caballo. Asintió a la orden del líder.

-Me llamo Helena y él es Darío- Dijo aquella mujer, que dejó de acariciar al caballo y se acercó a la hoguera.- Dime hermana, ¿Cómo te tengo que llamar?

-Carmen.